
Hegel y la idea de totalidad

Paco Serrano, setiembre de 2022

Índice

Hegel y la idea de totalidad	1
La totalidad en la filosofía de Hegel.....	1
Lo verdadero es el todo.....	1
La categoría de totalidad.....	2
El algo y el todo.....	3
La torre Eiffel también forma parte del todo.....	4
Las cosas finitas y el todo	7
La noción de lo relacional.....	8
La relación entre seres humanos	9
La relación entre las ideas y las cosas	10
David Bohm y la idea de totalidad	13

La totalidad en la filosofía de Hegel

La idea del todo o de la totalidad juega un papel central en la filosofía de Hegel. En síntesis, esta noción indica que el conocimiento de una cosa, hecho o evento de cualquier tipo requiere, no solo el conocimiento de esa cosa en sí, sino además, la consideración del contexto global en el que se produce esa cosa, sin el cual su existencia y por tanto conocimiento, no es posible. En su forma más simple, nos viene a decir que el conocimiento profundo de las cosas requiere la comprensión amplia y completa del entorno en el que se manifiesta.

La idea es simple, pero cuántas veces nos pasa que juzgamos las cosas, los hechos sociales o a las personas en función de un conocimiento limitado de su génesis, medio y condiciones en las que se ha desenvuelto o producido lo juzgado.

La idea de la totalidad se manifiesta a lo largo de toda la filosofía de Hegel. Por ello, su cabal comprensión implica el completo conocimiento de su sistema filosófico. Si quisiéramos ser consecuentes con la propia noción de totalidad, para su completa comprensión habría que relacionarla con el completo sistema hegeliano. He aquí una primera aplicación de esta idea: cualquier aproximación a la idea de totalidad que no tenga en cuenta todo su recorrido en el sistema filosófico hegeliano no nos proporcionará más que una comprensión parcial y limitada.

Pese a ello, nos contentaremos aquí con una visión general de la totalidad, sin pretender la exposición completa del contexto filosófico. Será no solo una visión limitada, sino también una interpretación, ya que Hegel admite multiplicidad de lecturas y esta será una de ellas, orientada hacia el pensamiento crítico, frente al pensamiento convencional positivista dominante.

Lo verdadero es el todo

Para Hegel, una cosa particular solo adquiere verdad mediante su inserción en el todo. Hegel expresó esta idea en la *Fenomenología del Espíritu* con su conocida fórmula: "*lo verdadero es el todo*"¹. Dicho esto así parece una enormidad. Ya que, según eso, conocer realmente cualquier hecho social o natural, cualquier noticia o evento, supondría el conocimiento completo de todas las circunstancias presentes y pasadas, por minuciosas que fuesen. Ello nos recuerda a la proposición del matemático francés del siglo XVIII Laplace, quien defendía que si se conociera la velocidad y la posición de todas las partículas del Universo en un instante determinado, se podría deducir su pasado y predecir su futuro.

¹ Hegel, *Fenomenología...*, p., 15-16.

Pero Hegel pensaba en otra cosa cuando dijo eso. No pensaba en el conocimiento minucioso de lo real, sino en que la comprensión de cualquier cosa, evento o circunstancia requiere su enmarque en la verdad absoluta, es decir, en una forma de pensamiento comprensiva de las estructuras últimas, íntimas, de lo real, en lo que en Filosofía se denomina las categorías, las claves últimas de la realidad. No se trata de tener en cuenta todos los hechos minuciosos que se producen alrededor de lo analizado, sino insertar el fenómeno analizado en un conjunto sistemático y completo de pensamiento., en todo aquello que le condiciona y le da sentido

Precisamente, la elaboración de un sistema filosófico comprensivo de todo fue el objetivo central del idealismo alemán del primer tercio del siglo XIX. Sus protagonistas, Fichte, Schelling y Hegel, auténticos gigantes del pensamiento², edificaron asombrosos y monumentales sistemas filosóficos. Sus sistemas se sitúan en la cúspide del quehacer filosófico occidental del que ya nadie puede escapar (mal que le pese al pensamiento filosófico convencional dominante). Hoy, sumidos en la fragmentación, la parcialidad y la especialización extrema del saber, no se comprende la factibilidad ni la oportunidad de tales esfuerzos.

La de Hegel es una forma de pensamiento sistémica, que engloba en sus principios y desarrollo todos los aspectos de la naturaleza, del pensar y del espíritu³. Es una totalidad pensada que unifica todo y que abarca la comprensión última y condensada de todo lo existente. Es decir, un pensamiento en el que todo esté pensado, conceptualizado, incluso el propio pensamiento. Por eso señaló Hegel que el objeto de la filosofía es el conocimiento de lo absoluto, un conocimiento que contiene en sí mismo las claves, las categorías o las condiciones que permiten pensar y explicar la realidad en su conjunto, como un todo completo, así como cada uno de los aspectos de esa realidad, incluidas las formas de desarrollo del propio pensamiento (Lógica hegeliana).

La idea de totalidad comporta una concepción del mundo integral, unificada. La capacidad de absorber dentro de sí cualquier aspecto de la naturaleza, el pensar y el espíritu es una de las características más valiosas de la obra de Hegel. Como dice Aragüés "el proyecto más atrevido de elucidación de la totalidad de lo real"⁴.

Se podrá pensar que esta noción de totalidad es bien simple y comprensible y no hace falta el advenimiento de un Hegel para darse cuenta de la misma. Pero si esta noción parece hoy banal es gracias a la influencia de Hegel y sus seguidores (Marx en especial). Aun así, la clara conciencia de su significación y de sus consecuencias, ya no es del dominio público.

La idea de totalidad

Hegel se vale en su *Ciencia de la Lógica*, de la progresiva definición de categorías. Estas categorías son los conceptos, propiedades, determinaciones o características generales de lo existente, "de la totalidad de lo real", tanto de lo real natural, como de lo real inmaterial: del pensamiento (lógica) y del espíritu (arte, religión, ética, filosofía, derecho...).

Esas categorías se presentan en tanto que conceptos o abstracciones universales en todos los ámbitos de esa realidad natural, lógica o espiritual: La categoría de lo uno y lo otro, por ejemplo, aparecerá concretado en acción y reacción, en ánodo y cátodo en Física y Química; en masculino y femenino en Biología; en ciudadano y Estado en la teoría del Derecho... Lo mismo podría decirse de multitud de otras categorías que

² Incluiríamos con mucho gusto como igualmente gigantes del pensamiento, a Kant como antecedente y a Marx como consecuente del idealismo alemán.

³ Del pensamiento en el sentido de lo lógico, lo dialéctico, las formas del pensar. Del espíritu en el sentido de lo cultural, el arte, la religión, la historia, el conocimiento espiritual humano. Digamos de paso que Naturaleza, Pensamiento y Espíritu son las tres realidades que conforman la filosofía de Hegel, al igual que en la filosofía clásica de su tiempo lo fueron las categorías de Dios, Alma y Mundo (Wolff, Kant...).

⁴⁴ Aragüés Aliaga, Rafael. *Introducción a la Lógica de Hegel. Fundamentos del idealismo hegeliano*. Herder Editorial, 2020.

integran la obra de Hegel: ser, nada, devenir, apariencia, realidad efectiva, posibilidad, necesidad, contingencia, causa-efecto, contradicción, finito e infinito, etc.

Estas categorías no aparecen por enumeración, como en Aristóteles y en Kant, sino por desarrollo lógico, mediante un proceso deductivo en el que cada una aparece en el momento necesario. Cada categoría se desarrolla hasta un punto en el que ya no admite más concreción, dando lugar en ese momento a otra categoría más descriptiva, de nivel superior. Dice Ortega y Gasset, gran admirador, cuando no seguidor de Hegel que "*la Lógica de Hegel desarrolla este proceso ideal, que, de etapa en etapa, aclara ante sí mismo, desvela y revela al Espíritu. El concepto con que empezamos se perfecciona en otro; éste, a su vez, en otro, y así, sucesivamente*"⁵.

Eso es precisamente lo que pretendió con la construcción de su sistema filosófico, un pensamiento que contiene, en apretada síntesis y alta abstracción, todos los aspectos posibles del pensar, de la naturaleza y del espíritu. De ahí su carácter absoluto. La particularidad idealista de este logro, muy decimonónica, no es objeto de esta presentación.

El algo y el todo

En su *Ciencia de la Lógica*, Hegel parte de la consideración del ser y del devenir: la existencia de una cosa solo se concibe en su movimiento, en su origen, desarrollo y completitud final. También se da cuenta en esta obra de la esencia, el fundamento de ese ser, así como su apariencia, es decir, la forma en la que se manifiesta.

Pero tras sus esfuerzos por desentrañar la Lógica del Ser y la Lógica de la Esencia, Hegel indica que con ello no hemos logrado dar cuenta cabal del objeto. Y es que nos hemos dejado llevar por la fascinación de lo existente, del dato inmediato, lo que aparece de súbito a nuestra vista como objeto real en sí mismo considerado. Nos conformamos con la imagen sensorial y el concepto o descripción precisa de la cosa.

Por ello, en su *Enciclopedia de las Ciencias filosóficas* indica Hegel que "*lo verdadero en tanto que concreto solamente es desarrollándose en sí mismo y asumiéndose y manteniéndose en unidad, es decir, como totalidad*". Es decir, lo verdadero de las cosas concretas (finitas, parciales) solamente aparece en la medida en que se conoce el desarrollo, devenir o evolución de esa cosa misma, así como en la medida en que se admite y mantiene su pertenencia o su unidad con la totalidad a la que pertenece esa cosa.

Por ello, continua Hegel, "*un contenido sólo se justifica como momento del todo*"⁶, un algo sólo adquiere valor cuando se lo contempla como un momento⁷ o aspecto del todo en el que aparece.

Mientras no se llega a esa Idea absoluta, la verdad es incompleta, mejor dicho, no se alcanza la verdad. Como dice Leonardo Polo: "*Si la verdad es el Todo, el Todo no es sino en cuanto que fuera o antes de él no existe lo verdadero. Esto significa: una parte —lo particular—, una región o dominio de cosas, una frase aislada, no es la verdad. No lo es porque estrictamente no puede ser pensada "del todo", no puede "acabarse de pensar"; o mejor, si el pensar se detiene en ello, y en esa misma medida, prescinde del "resto" de la verdad, no conoce toda la verdad, y no es idéntico consigo. Si damos un paso más concluimos: la parte es verdadera como parte del todo; su verdad es su pertenencia, su inclusión en el Todo, no le pertenece como propia*".⁸

⁵ Ortega y Gasset, J. - *Hegel y América*. Obras Completas - Tomo II (1916 - 1934). Revista de Occidente, 1963, p. 564. Este artículo orteguiano se cita con frecuencia erróneamente como *Hegel en América*.

⁶ Hegel, *Enciclopedia...*, § 14.

⁷ En Hegel, las cosas existen en constante cambio, movimiento, por lo que un momento es una fase o etapa de ese proceso. No es un concepto temporal, sino dinámico. Cuando en un coche se pasa de primera a quinta, cada paso por una marcha es un momento del proceso de llegar a la quinta marcha. En ese proceso, lo que importa no es el tiempo, sino los pasos sucesivos que se dan.

⁸ Polo, Leonardo. *Hegel y el posthegelianismo*, EUNSA 2018, p. 25.

Aparece así la necesidad de considerar el todo. Esta necesidad es especialmente importante en la vida social, de suyo tan compleja, variable y amplia. Hegel dirigió el potencial de su significado filosófico hacia la comprensión de la vida social y a la necesidad de su transformación. De ahí el interés de este pensamiento filosófico para el pensamiento crítico actual, negador y superador de lo existente y de ahí, el descrédito y el olvido del pensamiento hegeliano (y el de su continuador inmediato, el de Marx) por parte de la filosofía contemporánea positivista, propia de una época de predominio a ultranza del pensamiento conservador.

Porque Kant y el idealismo alemán, y Hegel en particular, son el producto de la Revolución francesa. Hegel vivió profundamente y con mucha ilusión en sus años de juventud este proceso revolucionario, al que fue fiel durante toda su vida⁹. El objetivo de Hegel fue contribuir a la transformación política y social de la realidad alemana. Fue un avanzado, lo que en aquellos tiempos se llamaba en España un afrancesado, un liberal de primera hora, en el sentido de que deseaba una constitución, un gobierno y un derecho, una enseñanza y una administración pública modernos (burgueses), semejantes a los que había implantado Napoleón en Francia y en los territorios europeos ocupados.

La torre Eiffel también forma parte del todo

Para introducirnos en la idea de la totalidad hegeliana, tomaremos un existente material. De un monumento como la torre Eiffel, por ejemplo, podemos enumerar su estructura general, sus partes constitutivas y accesorias, articulaciones horizontales y verticales, el número y calidad de sus diferentes piezas y otras mil características importantes del monumento. Ello nos va a permitir llegar a un conocimiento tan exhaustivo del conjunto monumental como deseemos.

La mayoría de las aproximaciones que se nos ofrecen de las cosas y eventos del mundo real se quedan en ese nivel descriptivo; dado un objeto, describimos sus características tan detalladamente como deseamos y ya nos hemos hecho con el conocimiento del objeto. Lo mismo podemos decir de cualquier realidad inmaterial, espiritual o cultural: la obra de un filósofo, un acontecimiento histórico, la obra de un artista... Multitud de aproximaciones se quedan en lo meramente descriptivo.

Es la visión enciclopédica, la de Espasa-Calpe o de la Wikipedia, por ejemplo. Es la visión del entendimiento, la facultad conceptual, definitoria de las características de la cosa en sí. Es la visión del positivismo: he aquí el hecho y sus partes constitutivas; aparato bucal masticador compuesto de cinco piezas, pedipalpos y quelíceros, un par de antenas filiformes, cuatro pares de patas y segmentos quitinosos; he aquí el concepto, la descripción factual, la exposición de la cosa tan exhaustiva como haga falta¹⁰.

Pero la descripción de la torre Eiffel, como objeto aislado, como cosa en sí, por más detallada que la hagamos, no estará completa hasta que no abordemos el todo, es decir, contexto en el que se concibe y se construye. Su descripción aislada no muestra más que una parte de lo real. Para dar cuenta cabal del objeto torre Eiffel falta considerar su relación con la realidad circundante, con el todo significativo. ¿Por qué se construyó en un momento y lugar determinado? ¿Por qué con esos materiales y con esa forma?

Al ampliar el campo de visión, veríamos que el material base empleado, las láminas o perfiles de hierro corresponden a una determinada fase de la técnica metalúrgica: esta gigantesca torre metálica no podría haberse edificado en la época del hierro forjado

⁹ Se dice que Hegel celebraba el 14 de julio, fecha conmemorativa de la toma de la Bastilla, primer acto revolucionario de 1789, tomando una copa de vino. Sospechamos que esas copas menudearon en más ocasiones, pues Hegel fue durante toda su vida un aficionado al buen vino.

¹⁰ Anotemos que de esta actitud descriptiva, conceptual, positivista, también estamos haciendo aquí una aproximación meramente descriptiva. Falta situarla en su contexto social e histórico, en su origen y causas. Se hace así por no desviarnos del tema propuesto.

artesanalmente, en la que la obtención del hierro precisaba grandes cantidades de carbón vegetal obtenido de la madera de los bosques. Esta metalurgia, propia de una época determinada, no permitía la obtención de planchas, barras o perfiles del tamaño y número requerido para la construcción de grandes objetos como el que nos ocupa.

Pero a principios del siglo XVIII aparece en Inglaterra la técnica del acero pudelado, producido masivamente mediante las altas temperaturas conseguidas con el carbón mineral, que sustituyó al primitivo carbón vegetal. Además, frente a la forja a base de martillo y fuelle aparece la laminación, de manera que la masa fundida pasaba por el tren de laminación mecánico, que daba al hierro obtenido formas precisas: raíles, perfiles, planchas, etc.

Muchos pensarán en este punto que estas nuevas técnicas son el resultado de la larga marcha de la ciencia occidental en pos del conocimiento, que se inicia allá en la Prehistoria con el descubrimiento del trabajo de los metales. Pero una vez más, esta es la visión positivista que contempla el hecho en sí, pero no sus relaciones con el resto de las cosas, que no explica el porqué del surgimiento en este caso, de la técnica metalúrgica. Porque estas nuevas técnicas metalúrgicas son el resultado y aparecen solo con la absoluta necesidad social de construir utensilios y máquinas de hierro con que alimentar el incesante proceso de sustitución de la mano de obra por mecanismos automáticos.

Ello solo pudo tener lugar en la época de la naciente industria británica, producto de la Revolución industrial, que a su vez estaba originada en otros muchos factores propios del peculiar desarrollo económico y social de Gran Bretaña, en los que ahora no entraremos. Estas nuevas técnicas no son el producto de un hecho aislado en sí mismo, de un descubrimiento fortuito, de una mera evolución acumulativa del conocimiento, sino el resultado de una situación productiva, social y política concreta. El laminado del hierro ocurre y solo es posible con la aparición en Inglaterra del proletariado y de la acumulación de ingentes masas de riqueza en forma de capital productivo.

Podría haber estado la técnica desarrollada y no haberse construido la famosa torre de no mediar nuevos factores que explican su erección. Porque la idea de construir una gran torre de 300 metros de altura que asombrase al mundo tenía su fundamento específico y no era una mera casualidad o afán de notoriedad propio del orgullo francés. Porque esa nueva masa de riqueza en forma de capital tenía la propiedad de acumularse de forma incesante e indefinida. Y pasó que la naciente pero ya poderosa burguesía francesa necesitaba mostrar su potencial productivo y comercial, sus productos, a los clientes del resto de las naciones europeas, con el fin de impulsar los negocios. Así se celebró la Exposición Universal de París en 1889, coincidente con el primer centenario de la Revolución francesa y a imitación de la celebrada en Inglaterra en el año 1851.



Y la torre Eiffel no era allí más que el orgulloso, prepotente y fálico signo de la capacidad de la industria francesa frente a la de sus competidores extranjeros. Siempre que un amo prepotente o una sociedad narcisista ha querido significarse, ha elegido la forma erecta, fálica, por excelencia: una gran torre, edificio o estatua colosal.

La torre Eiffel, horror estético y exponente de la estupidez de los que mandaban entonces, fue inútilmente criticada en su época por numerosos intelectuales y artistas (Maupassant, Gounod, Prudhomme¹¹, Leconte de Lisle, Dumas hijo¹², Huysmans y Verlaine, entre los hoy conocidos). Merece la pena reproducir parte del manifiesto que publicaron: "*basta además imaginarse una torre vertiginosamente*

¹¹ Sully Prudhomme, poeta y ensayista francés, ganador del primer Premio Nobel de Literatura en 1901. No confundir con Proudhon (1809-1865), filósofo, político y revolucionario anarquista francés.

¹² El autor de la novela *La dama de las camelias*, adaptada a la ópera *La traviata* de Verdi,

*ridícula dominando París, así como una negra y gran chimenea de una fábrica, aplastante con su enorme masa. Notre Dame, La Sainte-Chapelle, la torre Saint-Jacques, el Louvre, la cúpula de los Inválidos, el Arco del Triunfo, todos nuestros monumentos humillados, toda nuestra arquitectura venida a menos, desapareciendo entre ese sueño asombroso. Y durante veinte años veremos alargarse sobre toda la ciudad, todavía estremecida por el genio de tantos siglos, como una mancha de tinta, la odiosa sombra de la odiosa columna de hierro forjado*¹³. Y es que se preveía entonces que a los veinte años la torre iba a ser desmontada.

Se observa el acertado símil de una chimenea de una fábrica, apreciado por los firmantes, así como el añorante sentimiento hacia los monumentos de la época preindustrial, característico del romanticismo ya caduco en aquella época, pero aún en curso en la sociedad francesa, muy propio de *La dama de las camelias* dumesiana¹⁴.

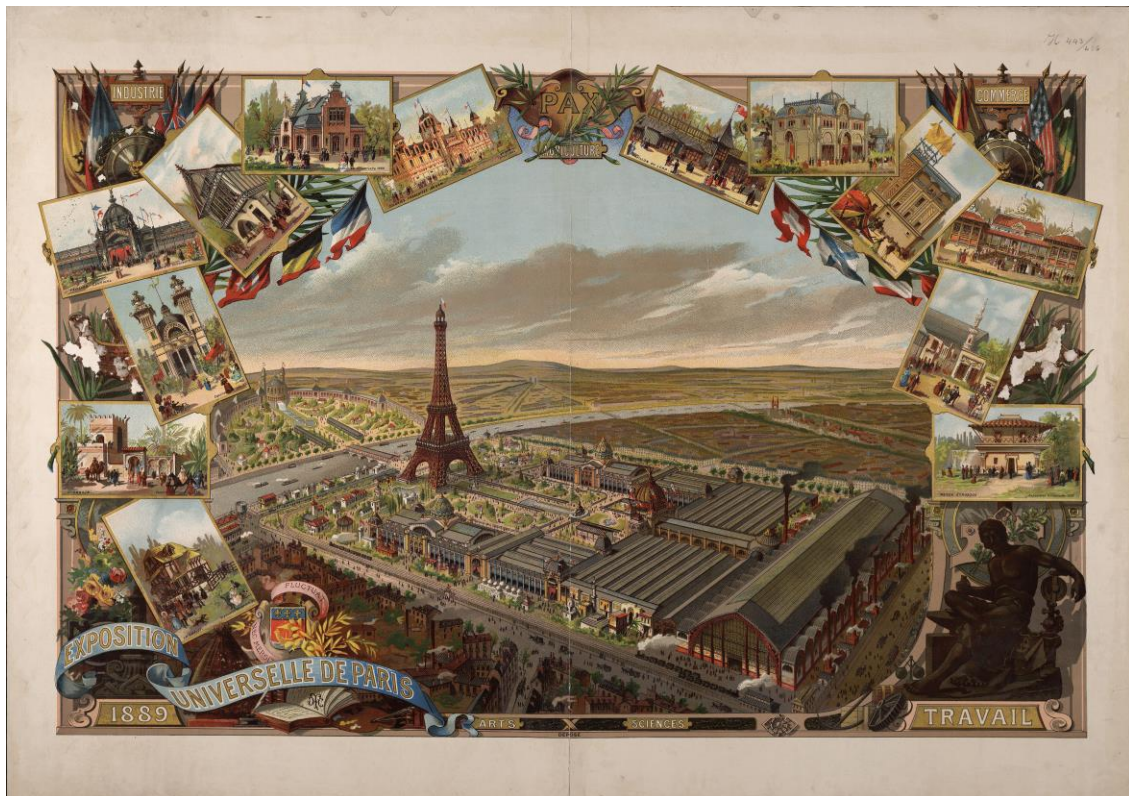
Así pues, la torre Eiffel no puede ser explicada completamente por sí misma, sino que requiera la comprensión de toda una compleja realidad que le rodeaba, en la que interviene tanto la necesidad de nuevas técnicas metalúrgicas, la adopción del maquinismo y de la construcción de ferrocarriles, la extensión de la producción capitalista a los restantes países europeos y la aparición de la burguesía local francesa en un grado suficiente de desarrollo.

La *Exposition Universelle de Paris* fue un artefacto del capital, como lo prueban las características del artístico cartel anunciador: las instalaciones, recorridas por un pequeño tren de vapor, semejaban una fábrica de aquel tiempo y los lemas son los muy queridos del capital: *Industrie, Agriculture, Commerce, Travail, Sciences, Arts, Pax*, así como las debidas referencias a las *Colonies françaises* de *Annam* y *Tonkin*.

Tampoco faltó la exhibición de personas traídas de las colonias, como era habitual en las Exposiciones Universales celebradas en el siglo XIX y principios del s. XX. En ellas se ofrecía recreaciones de la vida de los pueblos autóctonos de las colonias, mostrando poblados reconstruidos y gente con atuendos, útiles y armas propios traídos expreso para su exhibición. A la de París de 1889 se trajo a 400 indígenas de diversas colonias, que fueron expuestos o exhibidos como una de las atracciones exóticas ofrecidas al público visitante.

¹³ Tomado de <https://www.culturagenial.com/es/torre-eiffel/>, donde se hace un análisis en parte coincidente con el aquí expuesto.

¹⁴ También el inacabado templo de la Sagrada Familia de Barcelona, concebido por Gaudí por aquella época, podría también interpretarse como un intento fantasioso de la burguesía catalana por mostrar músculo y ganar prestigio, mediante artes más propias de la pastelería industrial que de la arquitectura de vanguardia.



La torre Eiffel es la consecuencia de la Revolución industrial y de los consiguientes procesos de competencia y rivalidad entre los países europeos adelantados. Competencia, rivalidad y lucha por los mercados de materias primas de las colonias y productos terminados que 25 años después de la Exposición Universal de París de 1889 daría origen a la Primera Guerra Mundial.

Hoy, la comprensión del significado de la torre Eiffel requiere nuevas determinaciones. El contexto y con él, sus relaciones con lo demás, la totalidad en la que se inserta, ha cambiado. La Primera y Segunda Guerra mundial acabó con la mortífera rivalidad entre las grandes potencias europeas (Francia, Alemania, Rusia, Gran Bretaña) en favor de los Estados Unidos, las colonias, una de las bases de la grandeza europea, han pasado al área de influencia americana, la tecnología avanzada ha suministrado nuevos materiales (cristal, acero, cemento, materiales sintéticos...) de renovadas virtualidades plásticas con los que potenciar aún más las capacidades constructivas erectivas.

Por ello, la torre Eiffel dejó de ser exponente de la prepotencia del capital francés para convertirse en espectáculo y curiosidad turística y fondo de selfis de visitantes de todo el mundo. Hoy no es más que un objeto de curiosidad, un tema de tarjeta postal inofensivo. Ha nacido una nueva industria, la industria del turismo y todo el complejo material-cultural ha sido modificado y todo se ha puesto en una nueva relación y bajo nuevas dependencias y hay que volver a integrar todo lo anteriormente conceptualizado en la nueva totalidad. La torre Eiffel ha tomado un nuevo significado conceptual dentro del nuevo todo.

Parecido análisis podríamos hacer con los restante monumentos de la ciudad de París, Versailles, el Arco del Triunfo, el Panteón, el Louvre o la catedral de Notre Dame, entre muchos otros monumentos o de cualquier otra ciudad.

Las cosas finitas y el todo

Vemos así que el conocimiento de un objeto no se completa hasta que no se pone en el contexto del infinito nudo de relaciones que la unen al resto de los objetos de la realidad que le dan el sentido completo. Y ello además, situando ese todo en la constelación histórica, que nos da cabal conocimiento de su dinámica, del origen, fundamento y proceso cambiante por el que los objetos pasan.

Para Hegel, el desarrollo de un concepto, como el de la torre Eiffel, no constituye la verdad total, absoluta, sino una parte de verdad. Una verdad a la que le falta una parte, ya no puede ser verdad.

A las cosas desgajadas en mayor o menor medida del todo, Hegel las llamaba "cosas finitas". Lo que él llama la "cosa finita" es una cosa limitada, concreta, una más entre otras muchas "*Las cosas finitas -dice Hegel- son finitas precisamente porque no tienen totalmente en sí mismas la realidad de su concepto, sino que necesitan para esto de otras [...] El hecho de que las cosas reales no sean congruentes con la idea, es el lado de su finitud, de su falta de verdad*"¹⁵.

Una cosa finita, tal como la torre Eiffel, no tiene en sí misma considerada la totalidad de su concepto, es decir, de su fundamento, de su razón de ser, de su esencia, de la explicación de por qué ha llegado a ser lo que es. Para llegar al concepto verdadero de las cosas finitas, limitadas, de las cosas del mundo se necesita el conocimiento del todo, considerar el resto de las cosas que explican cabalmente su por qué. Las cosas tomadas en su finitud, en su concreción, como la torre Eiffel en sí misma considerada, no muestran su auténtica verdad, no responden a su idea, al sentido profundo de su realidad, no son falsedades pero les falta verdad, quizá la parte más importante de su verdad.

Por lo mismo, en tanto que seres humanos finitos, incapaces de abarcar el todo, estamos siempre obligados a un proceso continuo del conocer¹⁶: conocer el problema en sí, pero también el contexto, ámbito o realidad en la que se manifiesta el problema. De esta forma, siempre avanzamos sin fin en el conocimiento del contexto y profundizamos en la verdad del problema planteado.

La noción de lo relacional

Un objeto no se manifiesta de forma aislada, sino en relación con otros objetos, a través de los cuales el objeto adquiere sentido y encuentra su explicación. Los objetos, los hechos y sujetos históricos, las clases sociales... solo pueden ser entendidos dentro del conjunto de los objetos considerando sus profundas relaciones recíprocas. Una cosa sólo se explica por su relación con todas las demás y todas juntas necesitan a esa una para poder ser entendidas como totalidad.

Ligada a la idea de totalidad encontramos en Hegel la noción de lo relacional. Una cosa concreta no solo está ligada al resto de las cosas concretas, sino que todas ellas están íntimamente ligadas entre sí a través de una red de infinitas relaciones. Relaciones que además están en continuo cambio, aparición y desaparición. El todo no es solo la suma o el conjunto de las diferentes cosas concretas que existen en una sociedad o en el universo, sino esas cosas y sus relaciones.

De hecho, decir que el todo se compone de "las cosas y sus relaciones" sería incorrecto, ya que no existen las cosas, a las que se les añaden las relaciones, no existen las cosas sin relaciones, ni las relaciones sin cosas.

Y lo mismo con las personas, las sociedades, los hechos históricos, los eventos y noticias de actualidad. "*Lo inmediato -dice Garaudy- nos remite a otra cosa y cada cosa se relaciona con otras por las cuales halla su explicación. No existe, por tanto, lo «dado» irreductible: lo que aparece primero como «dado» no tiene realidad ni sentido sino por sus relaciones con otra cosa, por la «mediación»*"¹⁷.

A pesar de la obviedad de estas cuestiones, el pensamiento convencional positivo del que estamos por completo rodeados olvida constantemente el aspecto relacional y el enfoque de totalidad; sólo se considera la cosa en sí, olvidando que esa cosa u objeto sólo adquiere auténtica significación cuando la relacionamos con las demás cosas,

¹⁵ Hegel, G. W. F. *Ciencia de la Lógica*. Traducción de Augusta y Rodolfo Mondolfo. Ediciones Solar/Hachette, 1976, p. 667.

¹⁶ Qué mejor ejemplo de "cosa finita" que el propio ser humano, no solo en cuanto al tiempo, sino en cuanto a la capacidad de conocimiento y acción.

¹⁷ Garaudy, R. *Dios ha muerto. Estudio sobre Hegel*. Siglo Veinte, 1973, p. 305

con sus relaciones con las otras cosas, con su inserción en el todo, con el conjunto del resto de las cosas.

La relación entre seres humanos

La idea de la totalidad y su correlato, lo relacional, adquiere especial significado cuando se estudian las cosas del ámbito social: *"todo conocimiento (forma epistemológica) tiene relación con la sociedad tanto en su origen como en su sentido. Esto significa que hay una mediación social en las diversas formas de la conciencia y que no existe un conocimiento puro o desligado de las determinaciones de la historia"*¹⁸.

Por ejemplo, cuando hablamos del capital, la economía convencional lo concibe como el conjunto de recursos dedicados a la producción de cosas, o como dice el Diccionario de la Lengua Española de la RAE, *"conjunto de activos y bienes económicos destinados a producir mayor riqueza"*. Así, cuando hablamos de capital nos representamos las máquinas, las materias primas, el dinero y restantes activos dedicados a la obtención de productos.

Pero al adoptar este enfoque, no sabemos siquiera de lo que estamos hablando, ya que esa forma de definir el capital puede adaptarse igualmente bien tanto al fundo de un rico terrateniente esclavista de la Roma antigua como a una moderna industria de fabricación de automóviles.

Esta forma de considerar las cosas estudia el capital y el resto de los conceptos económicos *"al margen de las relaciones sociales en que se hallan inmersos [...] De esta manera, el capital queda desprovisto de todo contenido social e histórico. Se transforma en un presupuesto ineludible de la vida productiva del ser humano; pareciera "natural" entonces que haya capital para producir. Su raíz social se hace invisible"*¹⁹. Es decir, ¿dónde está la gente, dónde el sujeto, el ser humano, sus necesidades, sus sufrimientos, sus anhelos? No está.

De ahí a la postura conservadora no hay más que un paso. Para ella, el capital es algo natural, algo transversal a la vida del humano, siempre ha habido y siempre habrá capital, solo que en cada época se manifiesta de diferente manera. Igualmente, siempre habrá ricos y pobres, porque se obvia el fundamento social de la existencia de la riqueza de unos pocos ricos, originada y mantenida en pobreza de los muchos pobres, se olvida, se ignora su por qué. Igualmente, siempre habrá explotadores y explotados, amos y siervos... Se trata de una concepción que gira alrededor de la confirmación del mundo existente, de la negación de la posibilidad y necesidad de una salida al orden establecido, de la previa existencia de otros mundos anteriores.

El pensamiento crítico se desenvuelve aplicando este concepto de totalidad y la noción relacional en sus análisis de las categorías económicas, sociales y políticas. La concepción del capital desarrollada por Marx, digno sucesor de Hegel en los mencionados aspectos, considera el capital en su contexto social y en su relación con el resto de las categorías: *"el capital no es una cosa, sino determinada relación social de producción perteneciente a determinada formación histórico-social y que se representa en una cosa y le confiere a ésta un carácter específicamente social"*²⁰.

El capital, dice Marx, no es una cosa, sino una relación entre individuos, entre seres humanos, que se presenta o aparece como una cosa con un significado social determinado en un preciso momento histórico. O sea, que para el pensamiento crítico lo importante no son las cosas en sí sino las relaciones entre las personas, relaciones que se manifiestan como cosas, como cosas sociales en precisos momentos históricos. El capital ya no es una cosa sino la relación entre los poseedores de

¹⁸ Rodríguez, José Miguel. *Razón y totalidad en Horkheimer y Adorno*. Rev. Fil. Univ. Costa Rica, XX(52),1982.

¹⁹ Ver el blog de Rolando Astarita: <https://rolandoastarita.blog/2013/09/04/el-capital-como-relacion-social/>

²⁰ Marx, K. *El Capital. Crítica de la economía política*. Libro III, vol. VIII, siglo XXI, 2010, pp. 1037-1038.

recursos productivos materiales y los poseedores de fuerza de trabajo disponible tal y como se manifiesta a partir de la Revolución industrial y aún antes.

Para el pensamiento positivo, el capital son las cosas, lo que inmediatamente le lleva a hablar de máquinas, suministro de materias primas, tipos de amortización del capital fijo, productividad, financiación, etc. En este análisis no aparece el ser humano, desaparece el sujeto, solo hay cosas, no hay personas.

Lo mismo podríamos decir del dinero, del trabajo o de cualquier otra categoría de la economía productiva. En la teoría económica convencional, el trabajo se reduce a una noción abstracta, intemporal, como algo que vuela por encima de la sociedad, ajeno a las formas productivas cambiantes, a las relaciones que unen a los actores económicos y sociales en cada momento.

Así, en cualquier manual de economía se define el trabajo como el esfuerzo físico o mental necesario para la producción de bienes y servicios dirigidos a la satisfacción de las necesidades humanas. Esta definición aplica a cualquier época histórica y a cualquier sistema productivo. No sabemos quiénes trabajan y en beneficio de quiénes y una vez más, desaparece el sujeto, las personas humanas. Se sigue con ello el examen de los diversos tipos de trabajo, la aplicación de la ley de oferta y demanda para la determinación del salario, las características del mercado de trabajo, la productividad, la formación profesional, el paro, etc. En ningún momento se examina el trabajo en función de las relaciones sociales, tal y como vimos que planteaba Marx en relación con el capital.

Aplicando la lógica relacional y de la totalidad veríamos la relación entre el trabajo y la posesión de los medios de producción y aparecería claramente la diferencia entre sociedades en las que todos los productores poseen sus propios medios de producción y aquellas sociedades en las que los medios de producción pertenecen a unos pocos, sociedades que en Occidente han tomado en la historia la forma sucesiva de esclavitud, servidumbre y trabajo asalariado.

Pero estos aspectos del trabajo (o del capital) que le dan vida y color no interesa a los estudiosos convencionales que sólo perciben lo dado, las cosas de forma estática, que no se preocupan de estudiar sus orígenes, su evolución y sobre todo, su auténtico significado e impacto en la vida de las personas y en la sociedad.

La idea, noción o concepto de democracia, por más que se la defina en sus características esenciales, no adquirirá auténtico color, vida real, en definitiva, verdad, hasta que no se concrete el momento histórico y la sociedad en la que se sitúa. Es decir, hasta que no se concreten sus determinaciones relacionales, sus dependencias con el resto de los objetos, hasta que no se concrete lo que todavía es abstracto. Porque no es lo mismo la democracia en abstracto que la democracia ateniense, ni ésta que la democracia en los países occidentales y dentro de estos, no es lo mismo la democracia parlamentaria en la Inglaterra de la época victoriana del siglo XIX que en la Norteamérica de principios del siglo XXI. Por ello, la democracia, hasta que no reciba sus últimas concreciones, sus últimas totalidades, no contendrá la verdad.

La relación entre las ideas y las cosas

La idea de totalidad y de relación aparece también claramente cuando consideramos la relación entre las ideas por un lado y las cosas reales o las cosas pensadas por otro.

Las ideas de cada tiempo están reflejadas en los sucesos históricos, las costumbres y modas de la época. Las ideas dominantes de cada período histórico se manifiestan también en el pensamiento filosófico y en las obras de ensayo y de investigación.



Por último, el pensamiento de cada época se materializa también en los artefactos artísticos y se expresa en obras de arte literarias, musicales, plásticas, escénicas.

La idea se petrifica o materializa en los monumentos de cada época.

En el románico primitivo observamos formas arquitectónicas que corresponden a las ideas dominantes de la época. Forman parte de una sociedad rural primitiva, encerrada en pequeños pueblos, donde apenas hay ciudades y el tráfico mercantil limita a las necesidades de los grandes señores. Se ha perdido la memoria de los grandes espacios, los grandes eventos y los grandes actores sociales propia de la sociedad antigua. Ya no existe estímulo para producir más allá de las necesidades naturales familiares y locales. Es, como indica Hauser, "*una época tranquila, segura de sí misma, robusta en su fe, que no duda de la validez de su concepción de la verdad ni de sus leyes morales, que no conoce ningún conflicto del espíritu ni ningún problema de conciencia, que no siente deseos de novedad ni se cansa de lo viejo*"²¹.

La arquitectura románica refleja el espíritu de esa época: pequeñas estructuras arquitectónicas sin grandes pretensiones, al alcance de los constructores de la época, limitados en cuanto a disposición de materiales y técnicas de construcción. Son formas arquitectónicas cerradas, robustas y muy apegadas al terreno rural, de escaso volumen y fuertes muros, sin ninguna intención de rebasar el limitado horizonte que la propia mirada del campesino puede abarcar. Se aplican soluciones arquitectónicas del pasado (gruesos muros de carga, arco de medio punto) y se evitan las aberturas y formas artísticas osadas (preferencia por estrechas ventanas, portalones agrandados a base de repetidas arquivoltas, humildes techados de teja, sencilla decoración vegetal y geométrica, diríamos que campesina).

Con la llegada del gótico todo cambia. "*La Baja Edad Media -dice Hauser- no sólo tuvo una burguesía triunfante, sino que ella misma es una época burguesa*"²². Los burgueses se mueven en amplios espacios, lugares de donde recibir productos exóticos o a donde pueden enviar sus mercancías locales. El horizonte subjetivo se ensancha, mercancías y mercaderes viajan a grandes distancias, los negociantes concurren en renombradas ferias y mercados. Su ambición rebasa la producción para el autoconsumo y el deseo de producir lo necesario para la subsistencia. Aparece el afán de lucro y la obtención de riqueza y su acumulación sin límite. La producción familiar autosuficiente deja lugar a la producción para el mercado, de producir para sí se pasa a producir para el otro. La ciudad domina sobre el campo. Entre los productores y consumidores media la forma monetaria, sustitutiva de la donación o del intercambio natural de productos.



Las nuevas ideas aportadas por las nuevas clases sociales se materializaron en nuevas formas de pensamiento y por supuesto, en nuevas formas arquitectónicas.

Los templos emigran a las ciudades para dar servicio a los nuevos sectores sociales dominantes: burgueses, mercaderes, banqueros, artesanos... Cada burgo se esfuerza por mostrar el templo más grande, más alto, con arquitecturas cada vez más osadas.

El horizonte se amplía, las altas torres se vislumbran desde la lejanía y desde ellas se divisan también horizontes progresivamente más amplios. Los muros se adelgazan hasta el límite de lo imposible y se rasgan y en su vacío aparecen grandes ventanales, rosetones y coloridas vidrieras que dan entrada a la luz.

Los gruesos muros sustentantes ceden ante los pilares flanqueados por columnillas o pilastras que se comunican directamente con los nervios de la bóveda de crucería. Todo tiende a ganar altura, rozando lo inverosímil. Todo es riesgo, aventura,

²¹ Hauser, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*. Volumen I. Ed. Guadarrama/ Punto Omega, 1978, p. 230.

²² Hauser, *Historia social...*, p. 316.

exposición, deseo de altura, grandiosidad, deslumbramiento, cuando no exageración y mal gusto²³.

No hay duda que detrás de esa arquitectura se encuentra la nueva burguesía mercantil adinerada, los nuevos ricos, su nueva visión del mundo y sus nuevas ambiciones, reconocimiento social, poder económico, extensión del mercado, emulación y ostentación mundana. La idea vuelve a materializarse y conforma nuevas realidades.

Y se pregunta Hauser "¿Qué ha ocurrido realmente? En esencia, lo siguiente: el arte espiritualista, enteramente unilateral, de la Alta Edad Media, que renunciaba a toda semejanza con la realidad inmediata, a toda confirmación por parte de los sentidos, ha sido desplazado por una concepción para la cual la validez de toda expresión artística, incluso cuando se trata de lo más trascendente, de lo más ideal y lo más divino, depende de que se corresponda ampliamente con la realidad natural y sensible"²⁴.

Al igual que con el románico y gótico, podríamos seguir rastreando la aparición de la cambiante idea y su materialización en la realidad objetiva en el Barroco, el Clasicismo, la Posmodernidad... Y no solo en la arquitectura, también en la música, el teatro, la literatura y la pintura. Y por supuesto, en el propio pensamiento y la filosofía de cada época.

Todos los monumentos y arquitecturas representativas y el arte en general, aparecen petrificados en nuestra mente, aislados de su contexto socio-histórico, porque así se muestran sistemáticamente al gran público. Al igual que la torre Eiffel, la Mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada, el monasterio del Escorial y tantos y tantos monumentos representativos, se muestran por los que disponen de las cosas y se perciben por las masas como un hecho en sí, autónomo, que se yergue en su soberbia independencia por encima de la sociedad que le dio vida y de la que actualmente le percibe. No se contemplan desde la totalidad, desde la realidad que les dio vida.

Quedan sin señalar, ocultas, a la vez que manifiestamente objetivadas en la obra, las incalculables energías de los pueblos que el poder tuvo que succionar para sufragar tal coste constructivo y tal acumulación de riqueza, tanta ostentación, lujo y desenfreno sin sentido, meras islas de placer al servicio del déspota de turno o de unos pocos. En estos monumentos solo se muestra la grandeza de los grandes y se oculta la humildad de los humildes. Se encubre de dónde realmente salió la fuerza constructiva que los hizo aparecer y los hizo emerger de la nada y se muestra al que por su mero poder, a menudo heredado o arrebatado a otros por la fuerza y la violencia, los mandó construir: "*Construido por...*" se indica, cuando el aludido jamás colocó un ladrillo ni una piedra, ni sabía de ello, y fue, a menudo, causa de infelicidad para los auténticos sabedores y constructores. No se percibe la evidente significación social del monumento, el signo de poder despótico del rey, del estamento religioso, del señor, del tribuno, del dictador, orgullosamente alzado frente a los débiles. No se indica su doble significado de muestra de poder pretendidamente invencible y de advertencia frente a cualquier veleidad de rebelión ante la repetida exacción sin fundamento social y ante la injusticia de trabajar para el otro hasta la extenuación.

Qué duda cabe del carácter ambivalente de estas construcciones. Pues no solo son exponente de la ambición y estupidez de los poderosos, sino también de las increíbles cosas que el ser humano ha sido capaz de realizar en todos los tiempos y situaciones, de su habilidad e inteligente partido sacado de su trabajo y de su saber hacer con los materiales y técnicas disponibles en cada momento. Pero no hay que quedarse solo en la contemplación bobalicona e ignorante del icono de turno, sino que debemos valorar todos los aspectos, no solo el artístico o monumental, que es el único que se muestra por todos los lados, sino también el contexto social en el que aparecieron, generalmente ausente.

²³ En general, el gótico tardío. Las cosas, al alcanzar su último desarrollo muestran ineficacia, desmesura y sinsentido, cual es el caso de la actual arquitectura occidental. Este aspecto no aparece en la *Ciencia de la Lógica* de Hegel, pero sí en sus también admirables *Lecciones de Filosofía de la Historia Universal*.

²⁴ Hauser, *Historia social...*, p. 294.

En definitiva, con la idea de totalidad "se está indicando que los diferentes aspectos que componen la realidad social (económicos, políticos, sociales, ideológicos) están relacionados entre sí tanto como una interacción causal como en una relación dialéctica²⁵. De acuerdo con Hegel los diversos acontecimientos sociales no son datos (datum) aislados sino momentos (momentum) de un proceso de interacción recíproca y constantes que expresan tanto su propio ser como la relación. La totalidad en este sentido constituye el conjunto de interacciones recíprocas articuladas de acuerdo con una relación dialéctica que comporta relaciones de integración, de oposición y de síntesis. El todo social es el marco creado por el hombre y donde él mismo se realiza en un momento de su historia; es el presupuesto de su conocer y de su actuar"²⁶

He aquí la idea de totalidad de Hegel. Todo está relacionado con todo, cualquier elemento se enracima con el resto, desde cualquier punto se llega a los demás, pues todo está íntimamente vinculado, no hay rupturas en lo social, sino vinculación viva, dinámica, vital y en constante cambio. Cada uno de sus elementos remite a los demás, cada uno aparece ligado a los otros, la vida que le anima no es solo su propia vida sino la del todo de la cual es partícipe.

Para Garaudy "sólo cuando esos conceptos están ligados los unos a los otros y forman un todo que recompone el objeto, se controlan mutuamente y adquieren un carácter objetivo y concreto. Esta recomposición es el conocimiento sintético que restaura las relaciones reales, vivientes, entre los objetos"²⁷.

Este conocimiento de las relaciones con el resto de los objetos, de las realidades, solo puede ser asegurado por el pensamiento que va más allá de la esencia del objeto y de su manifestación fenoménica. Es decir, no nos basta el conocimiento, la definición descriptiva y clasificatoria, la conceptualización intelectual, propia del positivismo. Este abordaje se basa en la pura descripción de los hechos sociales y su cuantificación.

El conocimiento totalizador solo puede ser alcanzado por la razón, cuyas leyes son el objeto de la tercera y última sección de la *Ciencia de la Lógica*, la llamada por Hegel la *Doctrina del Concepto*, aunque más bien se trata de la Doctrina o *Lógica de la Idea*, de la idea de la totalidad, de la *Idea absoluta*²⁸.

David Bohm y la idea de totalidad

Junto con la noción de relación aparece en Hegel también la idea del todo y las partes. Este es un viejo problema de la filosofía occidental que Hegel integra en su pensamiento. Hegel aplica también aquí, como siempre, la consideración dialéctica, de forma que el todo y las partes forman una unidad, al mismo tiempo que cada aspecto de esta relación dialéctica conserva su diferencia o identidad.

"Esta relación -indica Hegel- contiene, por lo tanto, la independencia de los lados y también su ser-superado, y ambos absolutamente en una única relación. El todo es lo independiente, las partes son sólo momentos de esta unidad; sin embargo ellas son de igual modo también lo independiente, y su unidad reflejada es sólo un momento; y cada uno es, en su independencia, puramente lo relativo de un otro. Por consiguiente esta relación es la contradicción inmediata en ella misma y se elimina"²⁹.

La "la independencia de los lados" es la parte de diferencia, de independencia, mientras que el "ser-superado", es la parte de unidad en la "única relación". Cuando dice "ambos absolutamente en una única relación" quiere indicar que siguen siendo absolutamente los mismos dentro de la relación. La aclaración hegeliana se hace

²⁵ En una relación causal, se produce una cadena sin fin de causas y efectos, cual bolas de billar que van chocando unas con otras por efecto de un impulso inicial. Por relación dialéctica se entiende un impulso inicial que origina un efecto en otro objeto que se vuelve o se revuelve contra el objeto que origina el impulso inicial. Es lo característico de la contradicción entre dos opuestos.

²⁶ Rodríguez. *Razón y totalidad*....

²⁷ Garaudy, *Dios ha muerto*..., p. 321.

²⁸ Tercera y última parte de la *Ciencia de la Lógica* que aquí no abordamos.

²⁹ Hegel, *Ciencia de la Lógica*, pp. 454, 453.

necesaria en la medida en que normalmente, la unidad dialéctica de los contrarios genera una nueva relación, un nuevo ente, lo que no es así en este caso. Tanto el todo como las partes se muestran como independientes, pero a la vez también como un momento, aspecto o lado de lo otro. Las partes son un aspecto del todo, el todo es un aspecto de las partes. Ambos momentos, todo y partes son relativas, ligadas el uno al otro, son dos aspectos contradictorios pero que en su mutua relación superan o resuelven su contradicción.

Esta noción de unidad e independencia del todo y las partes completa la visión que Hegel nos presenta de la totalidad. En la totalidad, la parte adquiere su plena consideración y entidad, pero no se entiende más que por su relación, por su integración con el todo. La torre Eiffel nunca se entendería plenamente sin su inserción en el todo. De la misma manera el todo nunca se entendería sin tener en cuenta las partes. El proceso de desarrollo del capital en Europa en el siglo XIX no se entendería sin mostrar sus componentes: países en los que se desarrolla, formas de colonización, manifestaciones culturales, artísticas, pensamiento que lo acompañó, etc.

Esta idea de totalidad y de relación ha sido correctamente entendido por el físico cuántico David Bohm³⁰: *"La idea de que el que piensa (el Ego) está, por principio, completamente separado y es independiente de la realidad acerca de la cual está pensando, está, sin duda alguna, firmemente arraigada en toda nuestra tradición [...] tal división no puede seguir manteniéndose con fundamento"*.

Bohm denuncia el paradigma científico predominante *"que trata las cosas como inherentemente divididas, desconectadas y «fragmentadas» en partes constituyentes aún más pequeñas. Y se considera que cada una de estas partes es esencialmente independiente y que existe por sí misma [...] [por lo que] unas nociones que supusieran la totalidad no dividida del universo proporcionarían un método mucho más ordenado para considerar la naturaleza general de la realidad"*³¹.

Quizá sea interesante añadir la explicación de David Bohm sobre lo que él llama el orden mecanicista: *"la principal característica de este orden es la de que se considera el mundo como constituido por entidades que están mutuamente fuera unas de otras, en el sentido de que existen independientemente en diferentes regiones del espacio (y del tiempo) e interactúan por medio de fuerzas que no producen cambio alguno en sus naturalezas esenciales. La máquina nos da una típica ilustración de tal sistema de orden. Cada una de sus partes está formada (por ejemplo, por estampación o fundición) independientemente de las otras, y sólo interactúa con las otras partes por medio de cierta especie de contacto externo. Por el contrario, en un organismo vivo, por ejemplo, cada una de sus partes crece en el contexto del todo, de tal modo que no existe independientemente, ni puede decirse de ella que «interactúa» simplemente con las demás, sin que ella misma sea esencialmente afectada en esta relación"*.

Continúa Bohm indicando que esta visión mecanicista es la dominante en el mundo de la física: *"prácticamente todos los físicos se han comprometido con la noción de que el orden del universo es básicamente mecanicista. La fórmula más común de esta noción es la de que se admite que el mundo está constituido por un conjunto de «partículas elementales» existentes por separado, indivisibles e inalterables, que son los «ladrillos» fundamentales del universo entero. En un principio se pensó que se trataba de los átomos, pero éstos se dividieron al final en electrones, protones y neutrones. Se pensó después que estos últimos eran los elementos constituyentes absolutamente inalterables e indivisibles de toda la materia, pero más tarde se encontró que éstos estaban sujetos a su vez a transformaciones en centenares de especies diferentes de partículas inestables, y ahora se han propuesto partículas todavía más pequeñas, llamadas «quarks» y «partones», para explicar estas transformaciones. Aunque todavía no se ha conseguido aislar estas partículas, parece existir una fe incommovible*

³⁰ David Bohm es profesor de Física Teórica en el Birbeck College de la Universidad de Londres. Antiguo colaborador de Albert Einstein, ha sido también profesor en Princeton, en la Universidad de Sao Paulo y en Haifa. Mundialmente conocido por sus trabajos en el terreno de la física cuántica (teoría de las variables ocultas no locales).

³¹ Bohm, David. *La totalidad y el orden implicado*. Kairós, 2016, pp. 10-12.

entre los físicos acerca de que, o bien éstas, o bien alguna otra clase de ellas que todavía esté por descubrir, harán posible, al final, una explicación completa y coherente de todas las cosas".

Concluye Bohm indicando que "la idea de una partícula separada e independiente es una abstracción que solamente nos proporciona una aproximación válida dentro de cierto ámbito limitado. Por último, el universo entero (con todas sus «partículas», incluyendo las que constituyen a los seres humanos, sus laboratorios, instrumentos de observación, etcétera) se debe comprender como una sola totalidad no dividida, en la cual no tiene un status fundamental su análisis en partes que existan de forma separada e independiente"³².

Esta idea de totalidad en las Ciencias Naturales si ha sido entendida por el Ecologismo, que se plantea la relación del ser humano con la naturaleza y con los seres vivos.

También la *Hipótesis Gaia* parte de la misma idea de totalidad y de relación de todo con todo. Según la *Hipótesis Gaia*, la atmósfera y la parte superficial del planeta Tierra se comportan como un sistema integrado y autorregulado. La hipótesis es defendida por el químico James Lovelock y por la bióloga Lynn Margulis, viuda del famoso Carl Sagan, pare quien estas ideas eran tampoco ajenas en absoluto.

Bibliografía citada

Aragüés Aliaga, Rafael. *Introducción a la Lógica de Hegel. Fundamentos del idealismo hegeliano*. Herder Editorial, 2020.

Astarita, Rolando: <https://rolandoastarita.blog/2013/09/04/el-capital-como-relacion-social/>

Bohm, David. *La totalidad y el orden implicado*. Kairós, 2016.

Garaudy, R. *Dios ha muerto. Estudio sobre Hegel*. Siglo Veinte, 1973.

Hauser, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*. Volumen I. Ed. Guadarrama/ Punto Omega, 1978.

Hegel, G. W. F. *Ciencia de la Lógica*. Traducción de Augusta y Rodolfo Mondolfo. Ediciones Solar/Hachette, 1976.

Hegel, G. W. F. *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio* (1830). Alianza, 2005.

Hegel, G. W. F. *Fenomenología del Espíritu*. Traducción de W. Roces. FCE, 1985.

Marx, K. *El Capital. Crítica de la economía política*. Libro III, vol. VIII, siglo XXI, 2010.

Ortega y Gasset, J. *Hegel y América*. Obras Completas - Tomo II (1916 - 1934). Revista de Occidente, 1963.

Rodríguez, José Miguel. *Razón y totalidad en Horkheimer y Adorno*. Rev. Fil. Univ. Costa Rica, XX(52),1982.

³² Bohm,. *La totalidad...*, pp. 241-243.